

Volumen XIII

Julio 1.º de 1917

Número 126

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

**Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura**



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXVII

CONTENIDO

El Centenario de Julio Arboleda.....	R. M. C.
Visión y luz.....	LIBORIO ZERDA.
El fruto de una plegaria.....	JOSE ZAHONERO
Una religiosa profesora de literatura.	
La poesía y la religión.....	SOR LEO XAVIER.
La novela histórica de Walter Scott a Trakeray.....	SOR LEO XAVIER.
El santuario de «Las Lajas»..	IGNACIO CARRASQUILLA.
Estudios prácticos en el Colegio del Rosario.	
«El triunfo de la vida».....	J. RUBIO MARROQUIN.
Historia de la filosofía colombiana	J. F. FRANCO QUIJANO.
Actos oficiales.	
Merecidos honores.	
Un gran baile de disfraz.....	RICARDO CARRASQUILLA.
Dos cuadros de Fra Angélico.	LUDOVICO PASTOR.
De la extradición en Colombia.....	PEDRO MARTÍN QUIÑONES.

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, julio 1.º de 1917

EL CENTENARIO

DE JULIO ARBOLEDA

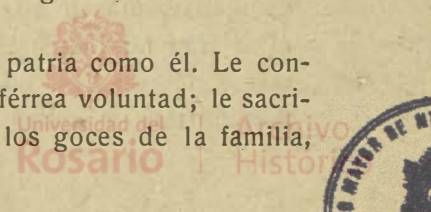
Colombia celebró el 9 de junio el primer centenario de don JULIO ARBOLEDA.

Nació de sangre noble, acumuló sobre su frente, en la época de sus estudios, los lauros académicos, fue senador de la República, general en jefe de sus ejércitos, presidente de la Confederación granadina; pero sus compatriotas creyeron que su mayor título era su persona y lo conocieron con su nombre de pila: don Julio. También los españoles llaman simplemente Lope al Fénix de sus ingenios.

Vino al mundo don Julio con la ponderosa carga de un apellido ilustre, y tanto lo esclareció que hizo olvidar los méritos de sus antepasados egregios.

Su retrato no cabe en un volumen, menos en unas breves líneas de periódico. Hay que estudiar al ciudadano, al escritor, al orador, al poeta, al militar y al mártir. Dios, que de ordinario reparte esos dones entre los hombres superiores, se los otorgó a Arboleda todos juntos.

Pocos habrán amado a su patria como él. Le consagró el tiempo, los talentos, la férrea voluntad; le sacrificó la tranquilidad del hogar, los goces de la familia,



el porvenir de los hijos, la cuantiosa fortuna, la sangre, la vida misma.

Como prosador varonil, jugoso y elegante, se halla en primera línea entre nuestros más eminentes escritores.

En la tribuna política y parlamentaria, habrá tenido quien le iguale; quien lo supere, ninguno.

Representa con José Eusebio Caro, la segunda época de la poesía granadina, medianera entre el pseudo clasicismo de Fernández Madrid y Vargas Tejada y las grandezas y las locuras de la época romántica. El gran Quintana creía que el *Gonzalo de Oyón* era el mejor poema que existía hasta entonces en la lengua de Castilla.

No fue don Julio militar de carrera y de sistemático estudio, sino de ocasión y de genio. Ascendió de dos saltos, como algunos de los héroes de la Independencia, a la cúspide de la jerarquía. Se encargó del ejército legitimista harto merchado y, hasta entonces, casi constantemente vencido. Y prolongó la guerra dos años más, y en varias ocasiones orló las frentes de sus soldados con el nimbo de la victoria. En lo más crudo y peligroso para él de la contienda civil, creyó que el gobierno de una nación hermana había lastimado los derechos de Nueva Granada, y le declaró la guerra. Se midió con el egregio García Moreno en el campo de Tulcán y aquella épica acción—lamentable lucha entre dos futuros mártires de una misma causa—terminó con el triunfo del Presidente de la Confederación granadina y un tratado en que el grande ecuatoriano reconocía la legitimidad de su adversario eximio.

Don Julio era tanto hombre, que no podía morir tranquilamente en su lecho, rodeado de los suyos. A él le eran familiares el Senado romano en los idus de marzo, la isla de Santa Elena, la quinta de San Pedro Alejandrino. Y murió sacrificado a una causa santa y

nobilísima. No la califico así, porque fuera la de un partido político que goza de todas mis simpatías, sino porque era la de la legitimidad. La sucesión pacífica de los partidos en el poder puede engrandecer a una nación; la rebelión contra el orden constitucional, la conduce a la decadencia y a la ruina.

Cayó Arboleda, con quien la muerte no se había atrevido en los combates, bajo el plomo de un vulgar asesino. Para gloria suya, su sacrificio se consumó en la misma montaña de Berruecos donde había sido inmolado Sucre, la gloria más pura de Colombia. La herida de don Julio le dejó varias horas para prepararse al tránsito supremo como cristiano contrito y fervoroso, para perdonar a sus matadores, para enviar sus últimos recuerdos a la esposa amante, a los amados hijos, a la patria enlutecida.

No ha llegado el momento de juzgar definitivamente a nuestros hombres del pasado siglo. Cuando transcurra uno más, la historia habrá pronunciado quizá el fallo definitivo. En las múltiples facetas de Julio Arboleda hallará acaso algunas sombras, como en todo gran poeta, en todo insigne capitán, en todo conductor de pueblos. Sólo Dios es perfecto, y la Escritura dice que El encuentra manchas hasta en los ángeles del cielo. Pero esas sombras, como en los cuadros de Rembrandt, sirven para que resalte más lo radioso del vate, lo luminoso del tribuno, lo heroico del soldado.

La que produce hombres como Arboleda es una gran nación, aunque no tenga ejércitos que amenacen por tierra, ni escuadras que dominen los mares.

R. M. C.